

Cuidado de la vida y trabajo con el cuerpo en la epistemología y ética decoloniales

Care of life and work with the body in decolonial epistemology and ethics

Carlos Geovanni Varela Vega

Facultad de Estudios Superiores Iztacala UNAM, México

 <https://ror.org/01tmp8f25>

carlosgeovannivarelavega@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0005-4291-6302>

Recepción: 25 Marzo 2025

Aprobación: 20 Abril 2026



Acceso abierto diamante

Resumen

La ciencia positivista dejó de considerarse como vía única para alcanzar verdades únicas y universales, sus métodos se vinculan a intereses humanos y el conocimiento que se puede producir a partir de su vía es uno entre muchos posibles en la esfera de las capacidades de los individuos para aproximarse al estudio de todo aquello que es de interés para los seres humanos. Pero no ha sido sencillo generar otras lecturas al margen del colonialismo positivista en el estudio de la realidad, que es una creación de grupos. El objetivo del presente, es plantear una reflexión sobre estos aspectos involucrados en la generación del conocimiento, poniendo en la mesa de la discusión académica a la vida como principio ético del quehacer de los científicos y como categoría “viviente”; en segundo lugar, de acuerdo con el trabajo de López Ramos, al cuerpo humano como espacio habitado por la vida en interrelación con el espacio que se habita y lo corporal como un proceso de construcción; lo que plantea la necesidad de nuevos procesos formativos para los investigadores, e implica replantear la visión del ser humano, sus prácticas, concepciones y formas de vida.

Palabras clave: Epistemología, Ética, Cuidado de la Vida, Cuerpo, Proceso Corporal.

Abstract

Positivist science ceased to be considered as the only way to reach unique and universal truths, its methods are linked to human interests and the knowledge that can be produced from its way is one among many possible in the sphere of the capacities of individuals to approach the study of everything that is of interest to human beings. But it has not been easy to generate other readings outside positivist colonialism in the study of reality, which is a creation of groups. The objective of this paper is to propose a reflection on these aspects involved in the generation of knowledge, putting on the table of academic discussion life as an ethical principle of the work of scientists and as a “living” category; secondly, according to the work of López Ramos, the human body as a space inhabited by life in interrelation with the space that is inhabited and the body as a process of construction; which raises the need for new training processes for researchers, and implies rethinking the vision of human beings, their practices, conceptions and ways of life.

Keywords: Epistemology, Ethics, Life Care, Body, Body Process.

Introducción

En el siglo XIX Augusto Comte redujo el conocimiento al concepto de ciencia imperante en su tiempo, calificando a la teología y metafísica como expresiones de la infancia de la humanidad; el surgimiento posterior del neopositivismo sostendría que solo a través del método científico era posible llegar a conocer “la verdad” (Guamán, et al., 2020). Este paradigma fue influenciado por tres pilares: el empirismo de Francis Bacon; el racionalismo de René Descartes, en tanto este “fue fundamental en la formalización de un método científico basado en la deducción y el análisis matemático” (Andrade, 2024, p. 95) y el método experimental que los incorporó en un mismo esquema derivado de los trabajos de Isaac Newton, que sentó las bases de la física clásica y el método científico que parte de la experimentación que se comprueba matemáticamente, con ello sentó las bases que abrieron las puertas a la idea de universalidad en el campo del conocimiento; bajo su amparo, “Compte (1975), sostenía que, todas las disciplinas, desde las ciencias naturales, hasta las ciencias sociales, debían basarse en un método científico común, fundamentado en la observación empírica y el uso de leyes generales” (Andrade, 2024, p. 98).

El método científico se institucionalizó en México, con la creación de la Escuela Nacional Preparatoria y el establecimiento de sus planes de estudio basados en el positivismo por iniciativa de Gabino Barrera (Cruz y González, 2018). La adopción de parte de los estados nación en el siglo XIX se dio porque el paradigma permitió la replicación de sus resultados a través de estudios controlados; por sus aplicaciones tecnológicas que impulsaron los medios de transporte y producción, lo que hizo posible la creación de mercados de materia prima necesaria para los procesos industriales; porque el conocimiento científico se articuló con un sistema económico político que requería explicaciones que justificaran las acciones en relación a la organización social ante el crecimiento de las ciudades y a los usos de la naturaleza.

Entre los principios del positivismo estaban el de objetividad y fragmentación, que en el caso de los seres humanos establece la separación entre el cuerpo y la mente y la separación del hombre con la naturaleza; la defensa de la idea sobre la existencia absoluta del tiempo y el espacio en un mundo material en el que el flujo del tiempo se da del pasado al futuro, en el que se inserta el desarrollo de los seres vivos que evolucionan a lo largo de esta línea temporal. Estos elementos, epistemológicamente, configuran una forma de proceder que separa al sujeto cognoscente del objeto conocido, partiendo de la lógica de que la realidad que está compuesta por materia y que funciona como las piezas separadas de un gran mecanismo; lo que planteó que el sujeto a partir de los sentidos es un receptor de la realidad observable y verificable a través de procedimientos experimentales controlados, traducidos al lenguaje de las matemáticas para su comprobación. El investigador genera situaciones en las que controla las variables a investigar con la finalidad de establecer las relaciones causales entre ellas, produciendo conocimiento especializado, verificable y replicable, es decir, “verdadero”, con la finalidad de descubrir las leyes que rigen a la naturaleza, para predecir y controlar.

La afirmación de Comte sobre el valor del conocimiento obtenido a través de la ciencia fue aceptada, primero porque el estudio de las propiedades de materiales y sustancias resultó muy eficiente para el progreso tecnológico, en particular, para el desarrollo de la maquinaria destinada a los medios de producción, construcción, transporte y armamentista, fundamentales en una sociedad europea en plena competencia por la expansión colonialista, el control de territorios, la búsqueda de rutas comerciales y la apertura de nuevos mercados. En segundo lugar, porque hizo posible el conocimiento especializado, a partir de la comprensión de objetos de estudio cada vez más específicos, como las moléculas, los microorganismos o las células; cada parte de la naturaleza fue estudiada a detalle y se incrementó significativamente el conocimiento estructural y funcional de los seres vivos o los elementos de la Tierra o el espacio. Según Montbrun (2019), entre las características del positivismo científico se encuentran: el reduccionismo, la objetividad, racionalidad, experimentación, verdad científica, predictibilidad, creacionismo, visión mecanicista, en una realidad sujeta a leyes naturales.

El ser poseedores de la verdad que solo podría ser cuestionada o refutada por el mismo método que aprendieron a dominar, dio a los científicos autoridad a nivel mundial, un estatus con implicaciones en su posición social y poder adquisitivo en los países con mayor desarrollo económico y tecnológico, que vieron en los avances científicos una posibilidad por mantener su hegemonía a nivel global, a partir de la creación de redes de conocimiento de acceso regulado y la generación de alianzas con gobiernos e iniciativas privadas. Sobre todo, para aquellos cuyos trabajos tuvieron implicaciones directas en el desarrollo tecnológico y aquellos abocados a las ciencias duras o naturales. Las ciencias sociales, por sus métodos inexactos y la falta de claridad en sus objetos de estudio fueron relegadas a protociencias o disciplinas; lo que las llevó a buscar desesperadamente alejarse de toda terminología metafísica que pudiera encontrarse en sus orígenes para buscar abrazar algún *objeto* de estudio tangible. La psicología es un ejemplo de ello, pues renunció a expresarse en términos del estudio del alma y fue adentrándose al sistema nervioso, el cerebro o la conducta manifiesta como objetos de estudio verificables, con la intención de pertenecer al selecto club de las ciencias positivas y buscando realizar aportaciones para el estilo de vida que estos conocimientos crearon (Antolínez, 2020).

Esta epistemología y sus avances científico-tecnológicos influyeron en el desarrollo de problemáticas que emergieron en el siglo XX y se han agudizado para el XXI, y que se expresan en términos de decadencia y desigualdad social que, entre otras cosas, se relaciona con el acceso desigual al conocimiento, a los medios para su producción y al desarrollo tecnológico; a las consecuencias de la objetivación de la vida, que fue considerada en función de sus “recursos”, sin consideración del vínculo sociedad - naturaleza que ha derivado en la pérdida acelerada de ecosistemas, especies, incremento de la contaminación o impacto de la huella ecológica del ser humano en el planeta, la cual está ligada a la fuerte demanda energética y de recursos de la tierra para el desarrollo, producción y uso de la tecnología; alza en los niveles de violencia global y una acelerada producción y distribución de armamento muy diverso, desde el que está destinado para el ciudadano común, el de alto poder que emplean las fuerzas armadas y el crimen organizado, hasta el de destrucción masiva empleado por los estados hegemónicos del planeta; así como un aumento en la epidemiología debida a enfermedades crónicas, degenerativas, autoinmunes, diferentes tipos de cáncer, epidemias derivadas de la pérdida de las barreras zoonóticas, demencias y trastornos mentales que degradan la calidad de vida de los ciudadanos, llevan a muertes prematuras, largos años de sufrimiento, degeneración de las relaciones humanas y altos costos para los gobiernos y las familias, todo relacionado a las formas de vida que se han desvinculado de la naturaleza. Estas crisis, según afirmó Capra (1992) hace varias décadas, son en realidad la crisis de una sola, de carácter epistémico, es decir derivada de la forma en la que los seres humanos comprenden la vida y el conocimiento para vivirla, la cual, resulta ser incompleta y desequilibrada.

Lo que se relaciona en primer término con el hecho de que todo conocimiento es humano y parte de intereses o deseos, en ese sentido, el conocimiento que surge de una actitud de dominio y hegemonía se relaciona con una mirada ética utilitaria; en segundo lugar porque la ciencia está en proceso de transformación y los principios que fueron dominantes en un tiempo, dejaron de serlo, dando pauta a trascender el paradigma del positivismo, abriendo la posibilidad de construir una forma de hacer ciencia más incluyente, diversa y posibilitadora; en tercer lugar, porque la categoría de realidad se ha confundido con la de vida y en cuarto porque una epistemología incluye una ontología del individuo que resulta incompleta; en ese sentido, la búsqueda por la construcción de una ciencia epistémica no sólo debería pasar por el cambio conceptual, sino por la misma forma en que los individuos se consideran y asumen a sí mismos y por cómo se forman. El objetivo del presente es plantear una reflexión sobre estos aspectos involucrados en la generación del conocimiento, poniendo en la mesa de la discusión académica dos categorías fundamentales para poder hablar de una ciencia que trascienda el colonialismo positivista: en primer lugar la vida como principio ético del quehacer de los científicos y como categoría “viviente”; en segundo lugar, de acuerdo con el trabajo de Sergio López Ramos, el cuerpo humano como espacio habitado por la vida en interrelación con el espacio que se habita y lo corporal como un proceso de construcción. Estas plantean la necesidad de nuevos procesos formativos para los investigadores, lo que implica replantear la visión del ser humano, sus prácticas, formas de

vida y comprender cómo es que estas, implican formas de concebir la vida y construir conocimiento en relación en y para ella.

Ciencia y cambio de paradigma

Con el estudio de la relatividad Einstein “Propone un nuevo modelo conceptual donde materia, energía, espacio y tiempo, dejan de entenderse como entes separados y se perciben como distintos componentes de un todo integrado” (Mainbrun, 2019, p.29); por su parte, Maxwell y Faraday “demuestran que los campos tienen su propia realidad y que pueden ser estudiados sin hacer referencia a los cuerpos materiales” (idem); mientras que el estudio de las partículas subatómicas, cuyos principales exponentes fueron Bohr y Heisemberg, demostró que:

“los átomos consistían en vastos espacios vacíos y un núcleo alrededor del cual se movían unas partículas extremadamente pequeñas llamadas electrones, protones y neutrones, sino que, además, estas partículas subatómicas no tenían ninguna semejanza con los objetos sólidos descritos en la física clásica. Estas unidades de materia subatómica son entidades muy abstractas; según como se les vea, unas veces parecen como partículas y otras como onda. Esta naturaleza dual también está presente en la luz que puede tomar forma de ondas electromagnéticas o de partículas” (Idem)

Estos se convirtieron en avances científicos revolucionarios complejos del siglo XX que, a casi un siglo de su surgimiento aún son de difícil comprensión e interpretación, incluso para los mismos físicos. Lo que es un hecho es que han tenido una implicación profunda y directa en la forma en que se entiende la realidad y su conocimiento de parte de los seres humanos, sobre todo porque surgen en la misma cuna del método científico y que fue el modelo a seguir durante décadas para el resto de las ciencias y disciplinas, la física.

La primera cuestión de interés tiene que ver con los modelos que establecen una relación epistémica en la que existe un sujeto que conoce a un objeto de conocimiento. En el planteamiento positivista el sujeto que estudia al objeto es un receptor sensorial de la realidad material que está “allá afuera”, realiza pruebas experimentales detalladas que sean posibles de replicar; prueba matemáticamente sus resultados para darles precisión, hasta acercarse al descubrimiento de leyes que rigen a la naturaleza. Pero los estudios de la física del siglo XX dejaron claro que el sujeto es crucial en los resultados de la experimentación, pues estos están vinculados al tipo de experimento que se diseña, el cual parte de preguntas específicas, ya que los “modelos con que los científicos observan en la naturaleza están íntimamente vinculados a los procesos de sus mentes, a sus conceptos pensamientos y valores” (ibidem, p. 31). Es decir, las preguntas antes de iniciar un experimento marcan ya tendencias para el desarrollo de este, lo dirigen, lo que implica que el sujeto cognoscente está proyectando una idea previa construida en el marco de un discurso y un conocimiento social intersubjetivo en el planteamiento de su trabajo, en palabras de Arnau (2023):

“El *conocimiento* es una creación del pensamiento en su interacción con los hechos. Pero el científico no trata con hechos brutos, sino que la experiencia impone la elaboración del *hecho científico*. Y el hecho científico no es más que el hecho traducido a un lenguaje *cómodo*, manejable [...] La estructura del universo se convierte así en parte de la intención consciente de quien lo investiga.” (p.55).

Además, cuando el observador diseña un experimento, esté requiere la toma de mediciones de alguna variable, pero al centrarse en medir un aspecto del fenómeno estudiado descuida otros aspectos del mismo, a esto se le llamó principio de complementariedad e implicó que la especialización en el estudio del objeto no permite la comprensión de este en su complejidad ni en sus interacciones en la realidad (Arnau, 2023; Mainbrun, 2019). Esta última idea representa un elemento más que es crucial destacar, aunque el método de conocimiento divida la realidad y se centró en alguna característica concreta del “objeto” estudiado para poder medirla, a nivel subatómico, no existe la materia sólida y concreta sino las relaciones onda-partícula, tampoco la separación de objetos, pues incluso es posible que el movimiento de una partícula tenga efectos inmediatos en

otra situada en otro espacio, “[...] el universo no se puede separar: uno es uno y es muchos a la vez, lo que significa un conocimiento en su expresión de unidad que no existe manera de separarlo” (López, 2021, p.26).

El impacto de estos hallazgos puso de manifiesto que no existe una objetividad pura y es necesario que el observador sea consciente de sus compromisos y vínculos con el objeto estudiado; a decir de Montbrun (2019), un paradigma científico es “una constelación de conceptos, valores y técnicas compartidos por una comunidad científica y usados por ésta para definir problemas y soluciones legítimos” (p. 16), lo que introduce la noción de que el conocimiento es una creación de grupos, además:

“Para decirlo más sencillo, es una forma aceptada, compartida y generalizada de conocer y comprender el mundo y de validar dicho conocimiento. Una forma genéricamente aceptada de percibir, describir, explicar y operar la realidad. El paradigma es, por tanto, un instrumento analítico y heurístico para el análisis teórico, metodológico e histórico, y, por tanto, también de uso político. Y su contenido está determinado por el contexto de uso” (Montbrun, 2019, p. 17).

Las agendas políticas y económicas dirigen en gran medida las formas de hacer ciencia, queda claro el aspecto humano involucrado en el quehacer científico. Lo anterior implica que el estudio especializado o súper-especializado de cualquier fenómeno que enriquece el campo de conocimiento, se vuelve incompleto al dejar de lado los procesos de interacción que lo posibilitan y lo mantienen o transforman, lo que incluye al observador, que en este punto ya es participante de la realidad de aquello que estudia y transforma a partir de su quehacer. Es por ello que “El propio formalismo de la mecánica cuántica exige que se reconozcan estos dos niveles, que no se admita el prejuicio reduccionista (que deja fuera al sujeto corpóreo) imperante en la física clásica” (Arnau, 2023, p. 21) Eso lleva a la cuestión de la conciencia humana y su importancia en la construcción de la realidad, al respecto nos dice López Ramos (2021) apoyándose en la obra de Pang Ming:

“Esta concepción de que la conciencia contiene toda la información del universo puede parecernos exagerada – hasta ahora el conocimiento se ha utilizado para el control de la naturaleza externa, dejando de lado la conciencia interior –, sin embargo, nos da un nuevo principio epistemológico de la existencia. Es llegar a un punto donde se pueda reflexionar respecto a nuestros estilos de vida que están matando al planeta. Esta conciencia y conocimiento, en unidad con lo orgánico, nos permitirá abrir otras dimensiones de la vida social, familiar e individual [...] Vincularnos con el universo de una forma equivocada, es llevar al cuerpo a defenderse construyendo temores que acabarán con él” (p.25).

De esta afirmación es posible extraer dos rutas de viaje, ambas abren camino a la relevancia del individuo en la construcción del conocimiento, la primera de ellas tiene que ver con la cuestión del ethos, pues un científico puede ser fruto de su tiempo, de los valores imperantes de su sociedad, ideológicos, religiosos o económicos, lo que guiará su relación con la sociedad y la naturaleza. La segunda ruta, tiene que ver con el proceso de construcción del individuo, con la naturaleza interna, el conocimiento o la ignorancia sobre el propio universo que es el ser humano, con la vida inteligente que habita el cuerpo y los procesos que en él se dan. Pues, aunque se asume según lo revisado, que el sujeto no está separado de la realidad que estudia, parece seguir separado o desvinculado de la realidad de su propia vida.

Ética, ciencia y conocimiento

Lo dicho ha implicado aceptar el carácter humano de la ciencia, al saber que la cruzan intereses económicos, comerciales y políticos; hoy día, esto es evidente cuando uno visita los institutos de investigación y explora los trabajos que se desarrollan, así como los fines que persiguen, gran parte de ellos buscan un hallazgo tecnológico en cualquier campo, que se pueda patentar y represente un beneficio económico. Incluso, si el conocimiento que se persigue se encuentra al margen del deseo de desarrollo material, es impulsado por alguna motivación del orden de la preservación o explotación de la naturaleza, la contribución o el control social, el desarrollo humano, la salud o alguna otra necesidad que impulse al investigador en la búsqueda de conocimiento.

En cada época se institucionalizan formas de conocer que responden a las necesidades de un tiempo y una sociedad concreta, estos paradigmas surgen en una sociedad que le da un marco de referencia al investigador, el cual cuenta con las herramientas y categorías de su tiempo para intentar explicar aquello a lo que busca dar respuesta. Como menciona Arnau (2023, p.27), “La escala de observación crea el fenómeno. Y la escala de observación, como sabemos, es también cultural, histórica e idiosincrásica”. La moral, las formas de vida, los conflictos personales y los deseos impregnan su trabajo de investigación y la forma en que se interpretan sus resultados. Respecto a esto, uno de los grandes problemas de los científicos contemporáneos, es la tendencia a buscar “el hilo negro”, un hallazgo que se vuelva hegemónico en el campo de estudio y los catapulte a la fama y la fortuna. La innovación lejos de percibirse como el hallazgo de nuevas posibilidades para la vida humana o planetaria, en ocasiones reduce sus fines al lucro y el dominio científico - tecnológico, el pensamiento colonial, caracterizado por establecer “una relación asimétrica con otros tipos de saber, [porque] se autoasigna el monopolio del conocimiento verdadero y racional, mientras califica a otras formas de conocimiento como falsas e irracionales” (Betancourt y Cruz, 2020, p. 80), imprime su sello en esta lógica.

La mirada epistémica que separó al observador de lo observado dejó velados los intereses de la búsqueda de conocimiento, sus nexos cercanos con la política, los mercados, la milicia y sus compromisos ideológicos; de paso, justificó muchas acciones sobre el planeta, las naciones y los seres vivos en el nombre de la ciencia y la equipara al conocimiento verdadero al punto del dogmatismo, su amén es la frase, “está científicamente comprobado”. Hoy en día es vital saber de dónde vienen los científicos, qué estudian y cuál es su interés en hacerlo, quién financia sus trabajos, dónde publican sus resultados y a qué público van dirigidos; cuál ha sido el beneficio social de la ciencia, de qué modo han contribuido a la equidad, al desarrollo pleno de las cualidades humanas, a la disminución de la pobreza, el acceso a la cultura, pero sobre, todo, al cuidado de la vida humana y planetaria. Los resultados no parecen alentadores, el progreso de la ciencia no tiene los mismos beneficios en los diversos territorios planetarios, no se trata de una cuestión de equidad, sino de dominación, de cómo la explotación de los recursos naturales de las sociedades “emergentes” sostienen las formas de vida, el desarrollo económico y tecnológico de quienes plantearon la universalidad de sus formas de conocer y vivir. Hoy día es más clara la discusión entre las posturas epistémicas de los grupos dominantes, sostenidos en el pensamiento neo-positivista, biologicista, monoculturalista, universalista, tecnocrático y dogmático y aquellos que pugnan por un diálogo de saberes, por una ciencia pluricultural, con el derecho al desarrollo de epistemologías regionales (Betancourt y Posada, 2020). No se trata solo de una disputa por el conocimiento, sino de las formas de vivir y morir, del derecho a habitar el mundo y decidir las formas de vincularse con la Tierra. Es parte de un proceso de descolonización de las comunidades y los cuerpos.

“... [Los grupos dominantes] no nos dicen que nuestra emergencia es una realidad que sostiene la suya, su cultura y modo de producción consume recursos naturales de otras tierras, la división geopolítica del mundo la legitima como única opción deseable del Estado-nación. Nuestra realidad emergente no es natural, se debe a una condición que se construye desde una epistemología pensada no solo para el conocimiento, sino para dominar: el binomio poder-conocimiento como principio ético para establecer realidades en tierras lejanas [...] Un conocimiento que se asume universal ocultando que su raíz es regional” (Campos, 2024, p. 278).

Se hace necesario identificar el ethos de los investigadores y sus grupos, si es que estos son conscientes de los compromisos sociales, personales, culturales o globales de su trabajo; a qué agendas globales se articulan y si sus investigaciones son fruto de un principio ideológico o de uno de cuidado y preservación de la vida, pues de ello depende si el carácter de su trabajo es doctrinario o formativo; habrá que saber si tienen claridad en las limitaciones de sus capacidades humanas para aproximarse a lo que conocen; sobre sus alcances y deseos personales al realizar e interpretar sus investigaciones y las implicaciones de su trabajo para la región en que se habita y los grupos humanos. Desde el punto de vista de la relación entre ética y epistemología, está reflexión del investigador podría ser solo un empleo de otras terminologías o un cambio en sus formas de vida, pero esto

tiene una relación directa con su capacidad para ser incluyente, para tener apertura a la diversidad en las posibilidades del conocimiento humano y sobre todo su compromiso con la vida.

Muchos estudiosos de la naturaleza y el ser humano partieron de preguntas que se abrieron en su infancia o adolescencia, en inquietudes sobre la vida, sobre las posibilidades de los seres humanos, sobre la necesidad de construir otras realidades en la vida ordinaria en sus lugares de origen; no partieron de la idea de defender un objeto de estudio. En algún momento su necesidad humana y genuina se convirtió en la defensa de los conceptos y métodos que les fueron inculcados en el estudio de sus ciencias o disciplinas, estos se volvieron una realidad que, de su gremio migró a su mente y los distanciaron de la vida, quizá eso explique el porqué de la desesperanza o la indiferencia en los departamentos de investigación de las universidades sobre la idea de cambiar la realidad o la idea de producir solo por mantener el estatus y los beneficios económicos; el proceso de conocimiento bajo estos métodos toma distancia del encuentro directo con la vida, la ciencia parece enfocarse en estudiar la realidad al margen de ella.

La vida y la construcción de la realidad

La realidad sólo tiene sentido para los seres humanos, las plantas, los animales no se preguntan sobre la realidad de las cosas, se trata de una invención de las personas; la vida surgió y perseveró en el planeta por millones de años al margen de la humanidad y es esta un fruto de su complejidad. Hoy en día los seres humanos han logrado una gran cantidad de conocimientos en muchos campos, pero muchos se encuentran muy distantes a tener una vida plena, próspera, digna y con sentido para el desarrollo de las más elevadas cualidades del espíritu humano. El planeta y el cuerpo, como espacios habitados por la vida se encuentran deteriorados por las formas de vida de los seres humanos, que han objetivado una realidad derivada de sus formas de ubicarse en relación al planeta y conocerlo, la cual está cruzada por la violencia, la cual es estructural y llega a todas las formas de vida y el planeta mismo (Oviedo, 2022).

Es común ubicar en la literatura una búsqueda por explorar a los grupos indígenas y las tradiciones originarias del planeta, con un interés creciente por profundizar en sus cosmovisiones, que a los ojos del positivismo resultaban primitivas, pero a los ojos de los problemas emergentes de la sociedad, posibilitan encontrar otras formas de conocer la vida que son integradoras y vinculantes. En esos términos el paradigma científico es incompleto, insuficiente como vía para conocer la vida, al ser solo una de las formas de aproximarse a la realidad, porque sus principios mismos están articulados a la fragmentación, primero, la de la sociedad y la naturaleza, tal como mencionan Inclán y sus colaboradores (2025), quienes ponen de manifiesto que hay que pasar de una visión sostenida en la relación sociedad-naturaleza, a una en la que plantean la sustentabilidad para la vida equilibrio-coexistencia con la naturaleza. Mencionan que:

“... como un TODO, debemos aprender, de nueva cuenta, a Con-vivir con nosotros mismos, con la naturaleza, con el entorno, como alguna vez lo hicieron nuestros antepasados. La naturaleza es la vida misma y, lo que le infljamos a ella, repercute en nosotros, en todos los seres vivos, en la salud del Planeta, comprender que, si cuidamos la vida del Planeta, nuestra salud también estará bien...” (Inclán, et al., 2025, p.12).

Esto significa que la división naturaleza – sociedad es una realidad construida por los seres humanos y que en otros tiempos y geografías se construyeron realidades en las que las que no se planteó la relación del ser humano con su entorno, porque estaba integrado a él, en ese sentido, los círculos académicos actuales se preguntan sobre esta relación sólo en la medida en que existe una desvinculación de estos objetos de estudio en las mentes humanas.

La segunda fragmentación es la del cuerpo y la mente, el ejercicio del conocimiento científico es un acto racional, muy complejo y posibilitador, pero fragmentario. Es posible desde la racionalidad conocer y crear una realidad conceptual y una forma de vida afín a ella, pero sin el cuerpo, como bien se ha establecido, no existe integridad y la realidad creada se abstrae tanto que la vida que la sostiene queda olvidada, relegada o sometida.

En relación a esto es posible pensar en una tercera fragmentación, la de la naturaleza y la sociedad con respecto al cuerpo humano, la repercusión más profunda del pensamiento fragmentario es la que se instauró en el espacio de ocurrencia de la vida humana, ejemplo de esto es posible encontrarlo en el hecho de que en México y Latinoamérica se ha buscado recuperar la filosofía tradicional y las formas de vida de los pueblos originarios sin considerar al cuerpo. Una de las propuestas tiene que ver con el sentipensar, al respecto nos dice Alejandro (2022):

“Es el conocimiento, el amor por la naturaleza, la cosmovisión centrada entre el pasado y el futuro, la lengua como vehículo que transmite no solo conocimiento, sino sentimiento. La forma de pensar que todos somos uno con la tierra. Muchas denominaciones como la Pachamama (en lengua Kechua), Tlali nantli (Madre Tierra, en náhuatl), Tatei yurianaka (Madre tierra en wixárika), Bot ‘u nunihani (nuestra tierra en matlazinca), Nu in tsinana jomiji (nuestra tierra en mazahua), Ma hoiui (nuestra tierra en otomí) y otras más denominaciones. Esta forma de dirigirse a la tierra como una madre, donde se unen las palabras, la razón y el sentimiento, es lo que propicia un respeto y una forma de amar, porque sabemos que una mamá siempre nos dará su amor, entrega, cobijo etc. La naturaleza no es un objeto inerte, ni un bien material que solo se toma para satisfacer necesidades humanas. Es un complejo y un entramado de emociones que difícilmente se puede ignorar porque de ella dependemos. De ella dependemos la vida que tenemos” (Alejandro, 2022, p.73)

Pero el problema enfrentado por la epistemología y la ética que se busca tiene un calado más profundo, ¿Cómo es el “sentir” los individuos criados bajo las formas de vida y conceptos de la cultura colonial-racional? Muchas de estas comunidades aún están al margen de la vida en las ciudades, se da por sentado que el sentir es una cualidad humana universal, pero a diferencia de la emoción que es natural y común a todo ser humano, el sentimiento y el sentir son construcciones más complejas cruzadas por las formas de vida y las nociones de realidad; por las formas de relación humana que se establecieron en la familia, también por los anestésicos sociales como el azúcar, los medicamentos, el consumo de imágenes, la sexualidad o la violencia. ¿Qué clase de sentir o qué sentimientos pueden construirse en un cuerpo sometido por la ansiedad, la competencia, la soledad afectiva o la hiperestimulación de los sentidos?

Pareciera que el proceso formativo al que se aspira se cubre integrando el sentir del corazón con el pensar del cerebro, pero en realidad no están desintegrados solo negados: el paradigma racionalista aún en su deseo de mostrarse como razón pura, ha expresado históricamente sus sentimientos, el amor por la verdad, por el poder, por la hegemonía, su necesidad de reconocimiento, control y dominio sobre la vida; su sentir se caracteriza por “una visión” del mundo que justamente se centra en la mirada, en el oído como sus sentidos de conocimiento y reserva el gusto, el olfato y el tacto para los placeres. Es solo cuando se vuelve a vivir en la integridad del cuerpo humano que es posible develar la trampa de su retórica, que hace pensar que están más allá del cuerpo, cuando en realidad siempre éste siempre han estado ahí. Solo en ese instante es posible ver los cuerpos que dieron cabida o replican el paradigma, sus formas de moverse en el espacio, de vivir, de construir sus relaciones humanas y morir, han expresado la verdad de una epistemología que ha sido rígida y excluyente. Y es por ello que se hace patente la necesidad de re-aprender a sentir.

“El individuo debe aprender [o reaprender] a sentir con su cuerpo, porque sentir no es una respuesta pasiva o refleja, sino un proceso que se construye, se abre, se contacta, se explora, se dialoga. Sentir es el lenguaje de la vida, lo que se mueve en el interior se siente, un sentir del cuerpo, sentimos su cualidad, su intensidad, su movimiento, su duración; entonces el mensaje del cuerpo se expresa en una imagen, una emoción, un pensamiento, un sentimiento, una actitud, una acción, lo que sentimos se mueve desde lo profundo hasta lo superficial. De ahí que ir hacia el sentir nos aporta conocimiento sobre la complejidad y multidimensionalidad de la vida, por tanto, es una entrada al conocimiento que se cierra o se abre en la medida en que se hace un trabajo corporal” (Campos, 2024, p. 201).

El conocimiento que busca aproximarse a la vida es racional, sensible, intuitivo, afectivo, comunitario, ancestral; se construye en el latir del corazón, en lo que pasa por los intestinos y su microbiota, en lo que digiere el estómago, en lo que filtran los riñones, en la acción del hígado y el respirar de los pulmones; en el viaje de la sangre a través del cuerpo, en el estiramiento de los músculos, en la transpiración de la piel, la rotación de las

articulaciones y el soporte de los huesos, porque vivir es un acontecimiento corporal íntegro, pero es necesario recuperar al cuerpo como espacio de aprendizaje, de vinculación, esa reconciliación con la naturaleza y los saberes ancestrales a los que se aspira no puede soslayar al cuerpo, la recuperación del cuerpo como espacio para la construcción de sentimientos, sensaciones implica un trabajo para romper las condicionalidades de una cultura que lo ha sometido por cientos de años. En este sentido, el conocimiento científico es valioso si se cultiva, preserva, contribuye y se integra a la vida del planeta y los cuerpos, de lo contrario solo es la posibilidad de una realidad que puede abstraerse tanto de ella, al punto de considerar que vivir es convertir el cerebro humano en circuitos, en donde la vida se ve como un impedimento para la evolución humana, esta vida habita un cuerpo, el cuerpo es el primer espacio a recuperar o descolonizar.

El individuo y lo corporal

Menciona Alejandro (2022) que se busca recuperar la filosofía del Sumak Kawsay o realización de una vida digna o el buen vivir de las tradiciones latinoamericanas, retomando esta filosofía como una base que oriente el diálogo de saberes, abriendo la posibilidad al desarrollo de programas de educación ambiental sustentables, retomando no solo los conocimientos tradicionales, sino también el amor por la naturaleza de estos pueblos, sus formas de trabajo y su relación con la naturaleza y los elementos. Habrá que recuperar elementos valiosos de esta propuesta, que deja en claro la necesidad de articular el conocimiento a las formas de vida, de trabajo y la construcción de sentimientos que permitan un vínculo amoroso con la tierra y la naturaleza. En una propuesta similar está el trabajo de Oviedo (2022), quien deja clara la relación entre las propuestas epistemológicas que han surgido en las últimas décadas y la necesidad de transitar a la construcción de formas de conocimiento que aboguen por la paz y el bien vivir de entre los seres humanos, con otros seres y el planeta.

Pero también es necesario insistir en que se hace necesario precisar que esto requiere un proceso de transición epistemológica y ontológica, que no ocurre solo con la incorporación de nuevas o viejas categorías, sino que requiere una formación para sentir, que primero habrá que preguntarse sobre lo que sienten los cuerpos y cómo lo formaron, será necesario el desarrollo de métodos para la recuperación de sus umbrales, luego encontrar las formas de sincronizar y vincular con el movimiento de los elementos o movimientos de la naturaleza, incluso antes con el movimiento de la vida inteligente que habita en el propio cuerpo (Varela, 2023), para luego identificar que es parte de un proceso construcción en el que el individuo puede elegir las rutas. Es claro desde la década de los ochenta del siglo XX, que la concepción fragmentaria del cuerpo ha sido rebasada,, comprender el funcionamiento de sus partes es apenas una aproximación a su complejidad; identificarlo como un proceso de construcción abre otras posibilidades al articular los procesos sociales con sus respuestas para defender su vida inteligente, aceptar este principio en el cuerpo lo descarta como objeto de observación en un doble sentido: primero porque no es materia con funciones que puedan ser aisladas del resto del movimiento de vida que ocurre alrededor, su organización está ligada a sus relaciones internas y externas, se trata de una red de cooperación con diversos niveles de complejidad en continuo movimiento y transformación. El estatus del cuerpo está cambiando en la sociedad, menciona Claxton (2015), no poseemos un cuerpo, somos un cuerpo; aceptar esta afirmación implica reconocer otras formas de conocer, de vincularse y construir la realidad, una realidad orientada a la preservación de la vida. Significa rebasar el antropocentrismo para reconocer que la inteligencia humana es sólo una expresión de la cooperación y la diversidad de la inteligencia vital. “La ciencia contemporánea muestra de manera indiscutible que hay inteligencia en todo tipo de seres vivos, incluidas las plantas y los organismos unicelulares” (Pigem, 2015, p. 91). El logos deja de ser un dominio exclusivo de la razón, conocer se convierte en una acción íntegra del cuerpo, al respecto, Souza (2019) rescata una aproximación de una investigación de Guerrero Arias, quien a su vez, lo toma del pueblo Kitu Kara en relación al corazonar, en la que se integran aspectos espirituales, políticos, afectivos, femeninos y los relacionados a la sabiduría del vivir; se trata de la integración del sentir / pensar, vale la pena citar largo:

“[Corazonar] Significa acabar con la pasividad y reforzar el inconformismo ante la injusticia. Corazonar nunca significa que las emociones den lugar a una falta de control. En cambio, las emociones son la energía vital que impulsa buenas razones para pasar a la acción razonada. Corazonar produce un efecto de aumento mediante el cual un mundo remoto y desconocido se vuelve próximo y reconocible. Corazonar es una forma amplificada de ser con, puesto que hace crecer la reciprocidad y la comunión. Es el proceso revitalizador de una subjetividad que se implica con las otras, y destaca selectivamente aquello que ayuda a reforzar el acto de compartir y a ser corresponsable. Corazonar no se enmarca en las dicotomías convencionales, independientemente de si son mente/cuerpo, interno/externo, privado/público, individual/colectivo o memoria/expectativa. Corazonar es un sentir pensar que une todo aquello que separan las dicotomías, pretende ser instrumentalmente útil sin dejar de ser expresivo y performativo” (Souza, 2019, p- 155)

Más adelante, el autor incluye en el corazonar el acto de construir puentes, el ejercicio de autoaprendizaje, de asumir la responsabilidad sobre la comprensión y la propia responsabilidad sobre el cambio en el mundo y el acto creativo para resolver problemas. Sin embargo, enfrentamos una complejidad al momento de plantear esta integración en el proceso de generación del conocimiento, para expresarla es necesario ir a lo dicho por Iza (2024), quien precisamente estudia aspectos relacionados al territorio y la cosmología del pueblo Kitu Kara, siendo él mismo comunero de la comunidad La Toglla:

“Al ser hijo y comunero de la Comunidad La Toglla, tengo la posibilidad de una lectura interna y más cercana, también de convivir con las relaciones de cohabitación entre los comuneros y comuneras de La Toglla y el Tayta Ilaló. Mi relación con el territorio, así como la de muchas personas que compartimos el lugar, supera la identidad geográfica con la que uno nace. La pertenencia involucra en nuestra vida la memoria que nos confiaron abuelas y abuelos; la experiencia y el vínculo con el Ilaló, las quebradas, los bosques, los ojos de agua y los seres que cohabitan con nosotros y viven en esos espacios” (pp.12-13).

Sentir no puede darse por sentado, ni universalizarse, Iza, plantea su experiencia, las formas de vida en la comunidad, cruzadas por el andar por el río, por los cerros, participar en las cosechas del maíz, alimentarse con la comida de la comunidad, incluso ser partícipe de las presencias o los espíritus del lugar, el vínculo con el territorio es profundo; se trata de una vivencia corporal, una forma de moverse, sentarse, descansar, respirar, mirar, el cuerpo en su integridad es una conciencia de la vida que se está viviendo en la relación adentro afuera, en el vínculo con el territorio y sus seres; el proceso de este pueblo es la expresión de la resistencia ante la invasión y la colonización, se trata de una lucha vigente. Pero el proceso de descolonización más general del que hemos venido hablando, en muchas ocasiones no tiene arraigo con un territorio, con los seres de la naturaleza o una comunidad, se trata de un proceso de construcción corporal que está condicionado a otras formas de sentir, cuerpos enchidos de azúcares y harinas, que no conocen los ríos, o las montañas o sólo lo hacen como turistas, como buscadores de folclor, acostumbrados a los estímulos intensos de la comida y las pantallas; apresurados por las presiones del trabajo y la búsqueda de los medios económicos para vivir, sin una forma de vida que los vincule con su naturaleza interior o aquella a la que pertenecen en el lugar que habitan. Al respecto dice Campos (2024):

“Un conocimiento viviente se construye a través de un sentimiento profundo hacia la vida dentro de una geografía y sociedad, estableciendo un diálogo a partir del vínculo que alimentamos con dos espacios vivos: el planeta y el cuerpo. Esto se conjuga con la crisis ecológica actual, cuestión que plantea la urgencia de una actitud epistémica distinta, una epistemología cuyo fundamento sea el ser vivo. Este principio nos obliga a buscar nuestra naturaleza en el cuerpo, una naturaleza en relación con la tierra y los seres con quienes compartimos esta existencia.” (p. 31)

No sirve de nada hablar desde otros conceptos si no hay una conciencia del cuidado de la vida en el cuerpo. La decadencia del cuerpo y las formas de vida de un investigador que busca la conservación o la autosustentabilidad, se convierten en expresiones de incongruencia de un quehacer de investigación que busca la preservación o el cuidado de lo vivo; pues el espacio vivo inmediato está en crisis. El imperio cognitivo, el principio colonial, su necesidad de hegemonía y competencia que los sostienen se hacen patentes. “De esta manera, la epistemología se vuelve un proceso de reificación, y en tanto no se desee abandonar la razón como

principio epistémico, seguimos apegados a un pensamiento que ha mostrado no ser amable con la vida.” (Campos, 2024, p. 35) El conocimiento se convierte en algo distinto, que puede emerger de la intuición, del diálogo con los otros o de las sensaciones corporales; primero sirve para vivir y luego se sistematiza, se explora o explica desde una aproximación científica, para luego volver a traducirse en propuestas para las formas de vida. El cuidado de la comida, de las emociones, de las relaciones humanas, resultan relevantes para el oficio de conocer, no solo por congruencia con el principio ético de cuidar la vida, sino porque lo armonioso de una forma de vivir está inexorablemente ligado a una forma de pensar, de intencionar y actuar en lo cotidiano. López (2020a) ha planteado esta problemática al trabajar con estudiantes universitarios:

“La saturación de información por parte de los jóvenes y la dificultad para procesarla nos mostró que están inmersos en una vida de ilusión: “hacer sin hacer”. El impacto de la realidad en el espacio aulico y las complejas formas de organización, con una vida sedentaria y alimentación a base de carbohidratos, proteína animal y almidones, refleja una sobredosis de energía que se refleja en lípidos. La alimentación con azúcares refinados produce alumnos hiperactivos, con ansiedad, gastritis, colitis, dermatitis, etc., realidad que se agrega a los problemas de desintegración familiar, existenciales, crisis de ansiedad, depresión, en fin, el vacío como propuesta de vida.

Al abordar el tema de la vida como categoría que abarca al planeta y al sujeto, encontramos que los alumnos no se identifican ni se asumen como seres involucrados en la conservación de la misma, la pregunta ahora es: ¿Cómo pueden cuidar otra vida si no muestran interés en su propio cuerpo, espacio donde florece *su* vida?” (p. 4)

Habría que extrapolar la cita a los investigadores de cualquier disciplina, lo mencionado por López Ramos muestra cómo esta realidad en la que la epistemología positivista y colonial está instaurada en los cuerpos y se hace necesario apelar a ellos para mover esta “realidad” construida; en la obra que da continuidad a la citada menciona que:

“... nuestra propuesta busca dar cuenta de un proceso que se hace inédito a los ojos de las disciplinas tradicionales del medio universitario. Consideramos que estamos ante un estado de emergencia corporal y hay que apelar al cuerpo en su contexto si se quiere comenzar a resolver padecimientos que fundamentan el miedo y son fuente de negocios. [...] hacer un trabajo que incorpore desde la epistemología de lo corporal la memoria emocional, la vida familiar, la cultura y los padecimientos. Desde las ciencias de la complejidad construimos esta propuesta que implica a las emociones, los sabores, los órganos, y esa red de cooperación que construye la vida en el cuerpo” (López, 2020b, p. XI).

Esto que se menciona plantea la necesidad de identificar, primero al cuerpo como ese espacio de la vida inteligente y luego al proceso de construcción corporal, como el movimiento del individuo que desde el discernimiento desea, siente y elige en relación a la vida, si bien el referente puede ser la cultura establecida o su propio cuerpo, con el que existe un diálogo que se nutre a partir de la realización de prácticas y cambios en las acciones que configuran las formas de vida cotidianas, el amor y el cuidado al cuerpo que lo asumen como un espacio de aprendizaje y construcción de procesos familiares y sociales más complejos, pero que surgen de un trabajo para vencer las condicionalidades.

Reflexiones finales

La concepción del conocimiento desde la perspectiva positivista llegó a su frontera, primero porque su soporte en las nociones de universalidad, objetividad y la fragmentación de la naturaleza para su estudio han sido rebasadas por propuestas nacidas de ella, que mostraron sus limitantes, pero al mismo tiempo la infinidad de posibilidades para la ciencia misma y para la construcción del conocimiento no científico, pero sí humano. Los hallazgos de la física del siglo XX abrieron la puerta para construir una ciencia que reconoce el cambio y al ejercicio de investigación como un proceso en transformación constante, no estático ni sostenido en absolutos, ya sea de espacio, tiempo o verdad; una ciencia que busca la integración disciplinar o, al menos su relación e

interrelación, que identifica sus limitaciones y los aspectos humanos, intereses, valores, ideologías, limitaciones, que la envuelven. El conocimiento y, por tanto la ciencia, se encuentran ligados a la ética de su tiempo, respondiendo a intereses de grupo y ejes políticos, reconocerlos es un paso que los investigadores requieren dar para ser conscientes de sus intereses y cómo estos pueden tener efecto en lo que investigan.

Ahora bien, la emergencia de los procesos sociales actuales ante este estado de la ética y la epistemología que buscan alternativas al positivismo hacen necesario desligarse del estudio de la realidad como conjunto de conceptos elaborados por los seres humanos de una época, para aproximarse a la vida inteligente como categoría y acontecimiento, como ocurrencia concreta y permanente en continuo movimiento y transformación si se busca una epistemología descolonizadora. En ese sentido se ha abierto una ruta desde diversas perspectivas de las epistemologías del sur, que han insistido en la cohabitación del ser humano con la naturaleza, en la búsqueda de la paz y el cuidado del planeta. Lo que se ha propuesto a lo largo del texto es no dar por sentado que esa relación es posible sin un cambio en los procesos de construcción corporal, pues los cuerpos se han construido en el espacio de las urbes, sostenido a su vez por la epistemología colonial en todos los sentidos. El cuerpo aparece como el espacio habitado por la vida y el territorio colonizado, en la alimentación, la sexualidad, el descanso, las formas de trabajo; la colonización de su imaginario es producto de la institucionalización e instrumentalización del positivismo disciplinario como medio de educación y método de trabajo, más allá de sus conceptos, sus formas de operación centradas en la razón continúan operando aún en las propuestas epistemológicas que lo cuestionan o buscan tomar distancia. Esto lleva a la necesidad de abrir otras formas de movimiento, el trabajo con el cuerpo y la construcción de nuevos procesos corporales para por el cambio en las formas de alimentarse, el trabajo con las emociones, la construcción de las relaciones humanas y el vínculo con los seres vivos y la tierra, no en las comunidades, sino dentro de las ciudades; se hace necesario el replanteamiento de la formación, del aprendizaje centrado en conceptos, enclaustrado en el aula y orientado al individualismo. El cuerpo es una categoría central que habrá de considerarse en los procesos de descolonización epistémica y para el nacimiento de propuestas regionales que puedan compartirse y enriquecer la búsqueda de alternativas en diversas partes del planeta.

Referencias bibliográficas

- Alejandro, Saúl. (2022). Educación ambiental para la sustentabilidad, una apuesta desde la pedagogía crítica y sentipensante. *Revista Construyendo Paz Latinoamericana, COPALA*. Vol.7 Núm. 14. Pp. 68-77. ISSN-e: 2500-8870. DOI: <https://doi.org/10.35600/25008870.2022.14.0214>
- Andrade, José. (2024). Racionalismo y positivismo. Diálogos, acercamientos y distancias. El Salvador. *Revista La Universidad*. Vol. 5., Núm. 4. Pp. 89-105. URL: <https://repositorio.ues.edu.sv/server/api/core/bitstreams/54b603cb-7e9f-4992-be95-93b6ea2db268/content>
- Antolínez, David. (2020). Revisitando a John B. Watson y la epistemología inaugural del conductismo. *Epistemología e Historia de la Ciencia*. Vol. 5. Núm. 1. pp. 5-25. URL: https://www.researchgate.net/profile/David-Antolinez/publication/348482031_Revisitando_a_John_B_Watson_y_la_epistemologia_inaugural_del_conductismo/links/6000ec4492851c13fe105a16/Revisitando-a-John-B-Watson-y-la-epistemologia-inaugural-del-conductismo.pdf
- Arnau, Juan. (2023). *Materia que respira luz. Ensayo de filosofía cuántica*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.
- Betancourt, Alberto y Cruz, Efraín. (2020). La polémica entre ciencia colonial y diálogo de saberes en la convención de diversidad biológica: la cumbre de Sharm El-Sheikh. *Revista Cultura y Representaciones Sociales*. Año 14. Núm. 8. Pp. 77-107. ISSN: 2007-8110. URL: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S2007-81102020000100006&lng=es
- Boaventura de Sousa. (2019). *El fin del imperio cognitivo. La afirmación de las epistemologías del sur*. Madrid: Editorial Trota.
- Campos, Juan. (2024). *Epistemología de la psicología de lo corporal. Una propuesta de prevención para la vida*. México: Ediciones Jagüey.
- Capra, Fritjof (1992). *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*. Argentina: Editorial Troquel.
- Claxton, Guy (2015). *Inteligencia corporal. Por qué tu mente necesita el cuerpo mucho más de lo que piensa*. Barcelona: Plataforma Editorial.
- Cruz, María. & González, Ana. (2018). La influencia del Positivismo en la Escuela Nacional Preparatoria. *Anuario Mexicano de Historia de la Educación*. Vol. 1, Núm. 1, pp. 89-94. DOI: <https://doi.org/10.29351/amhe.v1i1.234>
- Guamán, Klever.; Hernández, Eduardo. & Lloay Stalin. (2020). El positivismo y el positivismo jurídico. *Revista Universidad y Sociedad*, Vol. 12., Núm. 24, pp. 265-269, URL: scielo.sld.cu/pdf/rus/v12n4/2218-3620-rus-12-04-265.pdf
- Inclán Sanvicente, A. P., Rodríguez Aguilar, R. M. & Razo, Sánchez, R. S. (2025). La categoría emergente de la “Sustentabilidad para la vida-equilibrio-coexistencia con la naturaleza” *Revista CoPaLa. Construyendo Paz Latinoamericana*, 10(21), 1-32. DOI: <https://doi.org/10.35600/25008870.2025.21.0365.1>
- Iza, Dario (2024). *Territorio, cosmología y autogobierno Kitu Kara: etnografía de la comunidad La Toglla en Ecuador*. Tesis para obtener el grado de maestría en investigación en antropología visual. Ecuador. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. En red: URL: <http://hdl.handle.net/10469/21291>
- López, Sergio. (2021). *El cáncer y los ocho versos del dr. Pang Ming*. México: ediciones Jagüey
- López, Sergio, coordinador (2020a). *Pedagogía y psicología de lo corporal*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala.
- López, Sergio, coordinador (2020b). *El proceso de aprendizaje corporal. La psicología, la complejidad y la salud*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala.

- Montbrun, Alberto. (2019). El cambio de paradigma científico y su impacto en la ciencia política. Argentina. Revista IN IURE. Año 9. Vol. 1. Pp. 11-57. ISSN 1853-5690. En red: URL: <https://revistaelectronica.unlar.edu.ar/index.php/iniure/article/view/562/498>
- Oviedo, Daniel. (2022). Epistemologías del sur y epistemologías para la paz: encuentros analógicos y ecológicos. Revista CoPaLa Construyendo Paz Latinoamericana. Vol. 7., Núm. 16. pp. 42-53. DOI: <https://doi.org/10.35600/25008870.2022.16.0237>
- Pigem, Jordi. (2016). Inteligencia vital. Una visión postmaterialista de la vida y la conciencia. España: Editorial Kairós.
- Varela, Carlos (2023). Inteligencia y memoria desde la epistemología de lo corporal. México: Ediciones Jagüey.

Información adicional

redalyc-journal-id: 6681



Disponible en:

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=668184660001>

Cómo citar el artículo

Número completo

Más información del artículo

Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc
Red de revistas científicas de Acceso Abierto diamante
Infraestructura abierta no comercial propiedad de la
academia

Carlos Geovanni Varela Vega

Cuidado de la vida y trabajo con el cuerpo en la epistemología y
ética decoloniales

Care of life and work with the body in decolonial epistemology
and ethics

Revista CoPaLa. Construyendo Paz Latinoamericana
vol. 11, núm. 24, p. 1, 2026

Red Construyendo Paz Latinoamericana, Colombia
editorial@redcopala.org

ISSN-E: 2500-8870

DOI: <https://doi.org/10.35600/25008870.2026.24.0381>



CC BY-NC-SA 4.0 LEGAL CODE

**Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional.**